

art buchwald

LA SALUD LO ES TODO

La vida de un médico en París, especialmente cuando se le llama para tratar a los turistas. Recientemente, un doctor amigo mío fue llamado por la noche a un hotel por una señora que creyó que su marido sufría un ataque cardíaco. Cuando llegó, la dama estaba histérica y, mientras el médico examinaba al paciente, no hacía otra cosa que regañar a su esposo. Le decía:

—Te advertí que no trabajarías tanto. ¿Cuántas veces te dije que descansarás? Crees que eres un muchacho, pero ya no lo eres, y esto debe servirte de lección. Negocios, negocios, sólo piensas en eso, sin pensar nunca en mí. ¿De qué te sirven todos los negocios si luego te ocurren cosas como ésta? Doctor, ¿se va a recuperar?

—Bien —contestó el médico—, todas estas palabras no le van a ayudar. Tenemos que hacerle un electrocardiograma.

—¿Un electrocardiograma? —gritó la mujer a su marido—. ¿Cuántas veces te he dicho que debías trabajar menos, que te iba a pasar lo mismo que a tus amigos, que se mataban trabajando? Pero no me hacías caso. Ahora resulta que hay que hacerle un electrocardiograma.

—Señora —dijo pacientemente el doctor—, no hay nada de extraordinario en hacer un electrocardiograma. No creo que su esposo tenga nada grave, pero necesito el electrocardiograma para estar seguro. Le ruego que se calme y deje descansar a su esposo hasta que venga el especialista con el equipo.

—Para usted resulta fácil decirlo, pero usted no le ha visto trabajar. Día y noche no piensa más que en sus negocios. Le he dicho montones de veces que si sigue así pronto me dejará viuda. Y, entonces, ¿de qué me servirían todos esos gráficos de ventas? ¿Cree que ha hecho caso? Pues, no. Y ahora mírelo ahí, tendido en la cama. Doctor, el dinero no es problema, haga todo lo que pueda para curarlo, eso es todo lo que le pido.

—Señora, ya le he dicho que su marido no tiene nada serio. Sólo me parece muy cansado. Al parecer ha hecho demasiados esfuerzos.

—Naturalmente, doctor. Siempre se lo estoy repitiendo, no trabajes tanto...

El doctor se fue a otra habitación a llamar al especialista. Dos horas después llegó aquél, con una enfermera, y el médico regresó para ver los resultados. El electrocardiograma revelaba que no había ninguna anomalía en el corazón del turista. La esposa de éste se alivió inmediatamente.

—Es como recibir un don del cielo. Tal vez, hasta podremos ir al Lido esta noche...

—Estoy cansado —dijo débilmente el marido—. Con todo lo que he pasado hoy... Tú sólo piensas en ti misma...

El doctor trató de ayudarlo, diciendo:

—Creo que le sentará bien descansar durante una semana. ¿Por qué no se van a Suiza unos días?

—Yo no he venido a Europa para descansar unos días en Suiza —exclamó la señora—, vine a pasarlo bien y, cansados o no, voy a conseguirlo...

(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service, Inc.—Agencia Zardoya.)



caran apasionadamente la memoria de Larra, ni que fuera figura a menudo recordada en todas las tertulias literarias progresistas de las tres primeras décadas del siglo XX —en la de Pombó se le guardaba simbólicamente un sitio—, ni que vuelva a ser ahora un escritor ampliamente admirado por los sectores jóvenes.

En el plano específico de la crítica teatral, Larra es un verdadero maestro. Frente a la tendencia —mortal para la moderna historia española del teatro— a marginar los problemas teatrales de los problemas sociales, a hacer del teatro un fenómeno alimentado de sí mismo, a ocultar las implicaciones ideológicas de toda organización teatral, Larra tiene el valor de sostener las raíces sociopolíticas de la grande-

za y la miseria del teatro. Ciertamente es necesario atender al «específico teatral», en tanto que se trata de una expresión estética que conjuga una serie de elementos —el actor, sobre todo— que le son exclusivos. Ahora bien, considerando que el teatro es un fenómeno público, un hecho que solicita la concurrencia de una serie de elementos estructurales extra-artísticos (las empresas, los públicos, la censura etcétera, etcétera), su análisis es imposible si no miramos, a un tiempo, con el mismo celo, a la escena y a la platea, al espectador y al espectáculo.

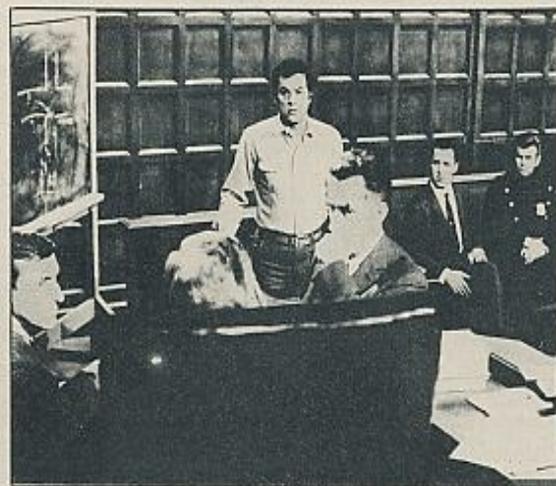
Quizá sea ésta, al margen del valor de muchas de sus apreciaciones críticas, la máxima aportación de Larra al teatro español. La escena y la historia se mezclan, a las dos se acerca Larra con la misma curiosidad, en las dos encuentra los mismos protagonistas sociales. Porque, a fin de cuentas, cada pueblo tiene el teatro y la historia que se merece. ¿Quién se atrevería, por ejemplo, a calificar la censura teatral de fenómeno adscrito exclusivamente a la historia del teatro? Obviamente tiene un pie en el teatro y otro en la política. Vive para el teatro, pero vive de la política.

Cada día parece más clara la necesidad —aceptando todas las transformaciones operadas por la historia rechazando, en cambio, ciertos energúmenismos que quieren, en la línea de otros energúmenismos precedentes «partir de cero»— de ahondar en las raíces culturales de nuestro presente al tiempo que nos abrimos a la investigación de las corrientes europeas: a sus posibles penetraciones en el ámbito concreto y particular español. Larra se levanta, probablemente, como el primer tramo de tan apasionante y urgente tarea. ■ J. M.

Entre Dolittle y el «Che» FLEISCHER Y EL ESTRANGULADOR

Evidentemente, el lamentable «Doctor Dolittle» no hacía esperar nada bueno de los siguientes films de Fleischer. Ya «El viaje alucinante» había constituido una seria decepción; después de las que supusieron los films «Europeos» del realizador de «La muchacha del

realización se sitúa entre el «Dolittle» y el «Che!». Fleischer, si no ha sido nunca un «autor», en el sentido más estricto de la palabra, si ha sido —en «El estrangulador...» demuestra que puede volver a serlo en cuanto se le propone— un cineasta importante, un



trapecio rojo». Y, por otra parte, las referencias que van llegando sobre el «Che!» interpretado por Omar Sharif, no son precisamente alentadoras... Por todo ello, resulta doblemente satisfactorio el «recuperar» al Fleischer de los mejores momentos en «El estrangulador de Boston», película que acaba de estrenarse y cuya fecha de

inteligente analista de una sociedad, americana, dominada por la violencia y el sexo, cómodamente instalada tras unas apariencias de puritanismo que ocultan algo muy diferente. Lo mejor de su obra, anterior a la etapa europea, llegó a nuestras pantallas en desorden y, en ocasiones —«La muchacha del trapecio rojo»—, en unas condiciones